

El discernimiento espiritual como crecimiento en la vida de fe¹

Daniela Del Gaudio, S.F.I.

Profesora de mariología del Istituto Superiore di Scienze Religiose del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Introducción

La fe, en cuanto participación en el modo de ver de Jesús (cf. *Lumen fidei*, 18), es la fuente del discernimiento vocacional, porque ofrece sus contenidos fundamentales, sus articulaciones específicas, el estilo singular y la pedagogía propia².

Comenzando con esta afirmación del documento preparatorio del Sínodo de los Obispos dedicado a los jóvenes, podemos reflexionar acerca del vínculo esencial que existe entre fe y discernimiento. El discernimiento cristiano, tratándose de un camino de escucha de la Palabra de Dios y de búsqueda de su voluntad, es en efecto, antes que nada, un ejercicio de fe. Es la fe la que permite al creyente ponerse a la escucha del Espíritu y en diálogo con la Palabra de Dios para descubrir, con toda su inteligencia y afectividad, la voluntad de Dios sobre la propia vida, aprendiendo a realizar las propias decisiones en modo evangélico³.

En este artículo consideraremos algunas cuestiones importantes que surgen de la relación fe y discernimiento, como el crecimiento en la fe; los obstáculos y las tentaciones ante el correcto discernimiento en la fe; las fases del discernimiento leídas en la óptica de la fe que, como escribe el *Instrumentum laboris* para el Sínodo de los obispos dedicado a los jóvenes es, ante todo, un don para acoger y hacer crecer:

¹ Traducción al castellano del original italiano elaborada por Arturo López.

² SÍNODO DE LOS OBISPOS, XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, Documento preparatorio *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* (13 enero 2017), n. 1, texto español en www.vatican.va.

³ Cf. M.R. JURADO, *Il discernimento spirituale. Teologia, storia, pratica*, San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 1997, 13-20. Véase también: G. JEANGUENIN, *Discernere: pensare e agire secondo Dio*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 2008.

La fe es ante todo un don que se acoge y su maduración es un camino para recorrer. Sin embargo, antes de todo esto se debe reafirmar que «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DC 1; EG 7). A partir de este encuentro se configura una experiencia que transforma la existencia, orientándola de forma dialógica y responsable. Al crecer, cada joven se da cuenta que la vida es más grande que él, que no controla todo de su existencia; se da cuenta que él es lo que es gracias al cuidado que otros le reservaron, en primera instancia sus padres; se convence que, para vivir bien su historia debe hacerse responsable de los demás, reproduciendo aquellas actitudes de cuidado y de servicio que lo han hecho crecer. Sobre todo, está llamado a pedir el don del discernimiento, que no es una competencia que se puede construir solos, antes que nada es un don que se debe recibir, que luego implica un ejercicio prudente y sabio para desarrollarlo. Y un joven que recibió y sabe cómo hacer fructificar el don del discernimiento es una fuente de bendición para otros jóvenes y para todo el pueblo⁴.

En la óptica de la fe, que abre al creyente al encuentro con Dios, también el discernimiento es acogido como un don, en cuanto no es visto como una aptitud que se puede conseguir en solitario, sino como un ejercicio, o un arte, como algún autor lo definió, que necesita del auxilio divino, para poder sapientemente cribar, interpretar y escoger los caminos que guían no solo hacia el encuentro, sino también a la amistad con Dios, en cuya meta se encuentra la santidad.

El discernimiento forma parte, por lo tanto, de la relación vivida entre Dios y el hombre, es más, se trata precisamente de un espacio donde el hombre experimenta la relación con Dios a modo de experiencia de libertad, incluso como posibilidad de crearse. En el discernimiento, el hombre experimenta su identidad como creador de la propia persona. En este sentido, es el arte en el que el hombre se despliega a sí mismo en la creatividad de la historia y crea la historia creándose a sí mismo⁵.

1. La meta alta de la vida cristiana: la santidad y el discernimiento

San Juan Pablo II, en la *Novo millennio ineunte*, explicaba que la meta alta de la vida cristiana es la santidad y auspiciaba que toda la programación pastoral estuviera bajo el signo de la santidad, para hacer comprender cómo esa es una consecuencia del Bautismo, que define como «una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la in-

⁴ SÍNODO DE LOS OBISPOS, XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, Instrumentum laboris*, n. 82.

⁵ Cf. M. RUPNIK, *Il discernimento*, Lipa, Roma 2004, 13 (traducción nuestra).

habitación de su Espíritu»⁶. Por este motivo el Papa añade que «sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial»⁷.

El Concilio Vaticano II afirmó que este ideal de perfección no se debe malentender como si implicase una vida extraordinaria, practicable solo por algunos «genios» de la santidad, porque, por el contrario, las vías de la santidad cristiana son múltiples, y adecuadas a la vocación de cada uno⁸.

El Papa Francisco, en *Gaudete et exsultate*, vuelve sobre este concepto, insistiendo en que la santidad es el rostro más bello de la Iglesia:

Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo que «participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad». Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: «En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado»⁹.

En el n. 166 del mismo documento el Pontífice se detiene en el discernimiento, afirmando que es un ejercicio necesario para conseguir la santidad cristiana, en cuanto ayuda a comprender las mociones del Espíritu Santo, distinguiéndolas de las del espíritu del mundo y del diablo:

¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo? La única forma es el discernimiento, que no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir. Si lo pedimos confiadamente al Espíritu Santo, y al mismo tiempo nos esforzamos por desarrollarlo con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo, seguramente podremos crecer en esta capacidad espiritual.

⁶ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 6 enero 2001, n. 31: AAS 93 (2001) 288.

⁷ *Ibidem*.

⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 21 noviembre 1964, n. 42: AAS 57 (1965) 48.

⁹ FRANCISCO, Exhortación apostólica sobre el llamado a la santidad en el mundo actual *Gaudete et exsultate*, 19 marzo 2018, n. 8. De ahora en adelante la citaremos como GE.

Continuando con el discurso, el Papa explica que hoy la capacidad de discernimiento se ha vuelto particularmente necesaria porque estamos expuestos a tan varios cautivadores estímulos que hacen difícil reconocer los buenos:

El discernimiento no solo es necesario en momentos extraordinarios, o cuando hay que resolver problemas graves, o cuando hay que tomar una decisión crucial. Es un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer. Muchas veces esto se juega en lo pequeño, en lo que parece irrelevante, porque la magnanimidad se muestra en lo simple y en lo cotidiano. Se trata de no tener límites para lo grande, para lo mejor y más bello, pero al mismo tiempo concentrados en lo pequeño, en la entrega de hoy. Por tanto, pido a todos los cristianos que no dejen de hacer cada día, en diálogo con el Señor que nos ama, un sincero «examen de conciencia». Al mismo tiempo, el discernimiento nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones¹⁰.

Analizando las características del discernimiento en relación con la vida de fe, el Papa observa que, aun no excluyendo aportaciones de las ciencias humanas, sobre todo psicológicas y morales, este tiene que ser siempre entendido como un don sobrenatural, que deriva de la fe y que se basa en la gracia, en cuanto que «se trata de entrever el misterio del proyecto único e irrepetible que Dios tiene para cada uno y que se realiza en medio de los más variados contextos y límites»¹¹.

El discernimiento en la óptica de la fe cristiana no tiene, por lo tanto, como meta solamente un bienestar temporal, ni la satisfacción de hacer algo útil, ni siquiera el deseo de tener la conciencia tranquila, sino que quiere ayudar al creyente a descubrir el sentido de su vida según la voluntad de Dios, quien, como un padre amoroso, tiene un proyecto de salvación para cada uno de nosotros, un designio que realiza plenamente también nuestra existencia en todos los niveles.

En vista de una elección de vida bien fundada, el discernimiento de las motivaciones vocacionales, desde el inicio se presenta como una tarea imprescindible. Forma parte de los procesos indispensables para poder ayudar a vivir constructivamente la propia vida y así no proceder sin raíces bien fundadas. El discernimiento de las motivaciones vocacionales es, por lo tanto, una necesidad imprescindible dentro del actuar humano. Se trata, en efecto, de hacer luz sobre las motivaciones que nos han permitido realizar

¹⁰ GE 169.

¹¹ GE 170.

una elección vocacional libre, generosa, responsable, conforme al designio de Dios sobre la persona¹².

Muy interesante resulta la afirmación que explica cómo el discernimiento conduce «a la fuente de la vida que no muere», que es el encuentro con Dios en Cristo por medio del Espíritu Santo¹³.

Bajo tal perspectiva son necesarios dos elementos típicos de la vida cristiana: el silencio y la oración. El silencio permite alejar cualquier voz o estímulo mundano de nuestra vida haciendo espacio a la escucha de la Palabra de Dios, hasta hacer nuestro espíritu dócil a las mociones del Espíritu Santo. La oración permite, sucesivamente, entrar en el lenguaje del misterio, para poner toda nuestra vida bajo la luz de Dios y de su voluntad¹⁴.

El documento final del Sínodo de los Obispos dedicado a los jóvenes, en el n. 108, afirma, por tanto, la importancia de la formación de la conciencia como un camino de crecimiento en la fe mediante los medios típicos de la tradición cristiana:

Formar la conciencia es el camino de toda la vida en donde se aprende a nutrir los mismos sentimientos de Jesucristo, asumiendo los criterios de sus elecciones y las intenciones de su actuar (cf. Fil 2,5). Para alcanzar la dimensión más profunda de la conciencia, según la visión cristiana, es importante un cuidado de la interioridad que comprende sobre todo tiempos de silencio, de contemplación orante y de escucha de la Palabra, el apoyo de la práctica sacramental y la enseñanza de la Iglesia. Además es necesaria una práctica habitual del bien, verificada en el examen de conciencia: un ejercicio en donde no se trata solo de identificar los pecados, sino también de reconocer la obra de Dios en la propia experiencia cotidiana, en las vicisitudes de la historia humana y de las culturas en las que se encuentre integrado, en el testimonio de tantos otros tantos hombres y mujeres que nos han precedido o nos acompañan con su sabiduría. Todo ello ayuda a crecer en la virtud de la prudencia, articulando la orientación global de la existencia con las elecciones concretas, en la serena consciencia de los propios dones y de los propios límites. El joven Salomón pidió este don antes que cualquier otra cosa (cf. 1Re 3,9).

El Papa Francisco destaca la necesidad de ponerse en este discernimiento orante que enseña a escuchar la voz del Señor, en la docilidad a la acción del Espíritu Santo que interpela nuestra persona también a través de modalidades desconocidas e inesperadas. Y añade que la práctica del silencio hace capaces de renunciar al propio punto de vista parcial e insuficiente, a las pro-

¹² G. SOVERNIGO, *Le dinamiche personali nel discernimento spirituale*, EMP – Facoltà teologica del Triveneto, Padova 2010, 144-145.

¹³ Cf. GE 172.

¹⁴ Cf. G. PICCOLO, *Testa o cuore. L'arte del discernimento*, Paoline, Milano 2017.

pías costumbres, a los propios esquemas, y abrirse realmente a la vida nueva que Dios nos ofrece. Tal actitud de escucha tiene que vivirse, siempre gracias a la fe, en obediencia al Evangelio y al Magisterio, para evitar fáciles atajos de un cristianismo de bricolaje y el riesgo siempre actual del gnosticismo o del neo-pelagianismo, sobre el que regresaremos más adelante¹⁵.

En el ejercicio del discernimiento, en una óptica de fe, es muy importante tener un director o acompañante espiritual, el cual no sustituiría la acción del Espíritu Santo, sino que, por el contrario, favorecería en el discípulo la docilidad a las mociones interiores que el Espíritu sugiere y le ayudaría a discernir la voluntad de Dios sobre él¹⁶. Tarea del director espiritual consiste, sobre todo, en ayudar al discípulo a combatir y vencer los impulsos negativos, el pecado y cualquier otro obstáculo que le obstruya el camino. En este acompañamiento el director no debe apagar los deseos o los impulsos positivos que animan en mundo interior de las personas sino que, por el contrario, debe saber guiar hacia la plena realización de la persona con equilibrio y sabiduría, según la santa doctrina espiritual que desde hace siglos ha orientado el camino interior del cristiano hacia la santidad¹⁷.

Los maestros de vida espiritual hablan, por lo tanto, del discernimiento como un arte espiritual que requiere *docibilitas*. La docilidad se define como «la plena audacia del espíritu, o una forma alta de inteligencia, quizás la más alta», en cuanto lleva al sujeto a aprovechar «la oportunidad formativa de la cual la realidad misma está siempre llena, y de la cual tiene necesidad para su crecimiento. Inteligente, lo suficiente, por tanto, para darse cuenta de cuánta gracia exista en torno a él, y libre en la medida correspondiente, lo suficiente para dejarse formar por ella». La persona dócil es «libre de aprender a aprender la vida de la vida y para toda la vida»¹⁸.

2. El discernimiento y el crecimiento en la vida de fe

Según la tradición cristiana se identifican algunas etapas en la vida de fe que muestran el camino progresivo en el crecimiento interior del cristiano

¹⁵ Cf. GE 36-51.

¹⁶ A. LOUF, *Generati dallo Spirito. L'accompagnamento spirituale oggi*, Qiqajon, Magnano 1994, 45.

¹⁷ Cf. G. SOVERNIGO, *Le dinamiche personali nel discernimento spirituale ...*, 65-66.

¹⁸ A. CENCINI, *Il respiro della vita. La grazia della formazione permanente*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2002, 34-39.

hacia la plena conformación con Cristo, la cual, en otras palabras, no es otra cosa que la santidad cristiana¹⁹.

La vía purgativa tiene como meta purificar el corazón del pecado y de las pasiones negativas del alma. Según la enseñanza de San Pablo, se trata de hacer morir al hombre viejo con sus deseos para que pueda nacer el hombre nuevo, que vive guiado por el Espíritu y por sus deseos. En el capítulo octavo de la *Carta a los Romanos*, San Pablo habla también de la vida cristiana como de un combate entre carne y espíritu, exhortando a los cristianos a liberarse del dominio de la carne para vivir según el espíritu: «Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu – dice Pablo –, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rm 8,9).

Además, afirma que vivir según el Espíritu conduce a la verdadera vida, mientras que vivir según la carne lleva a la muerte, en sentido metafórico, es decir, espiritual. La vida en Cristo es, por ello, un don del Espíritu: «Así que hermanos míos, no somos deudores de la carne para vivir según la carne, pues, si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis. En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rm 8,12-15; 26).

De aquí la necesidad de la ascesis purificadora, que libera al hombre del pecado y lo proyecta hacia una nueva vida dominada por el Espíritu. La vía purgativa sirve, en efecto, para cumplir este pasaje, o, si queremos utilizar un término más específico, esta conversión.

La vía iluminativa indica la etapa en la que, una vez que se ha logrado purificarse del pecado y de las pasiones negativas, se toma un camino de conocimiento y contemplación del misterio de Dios, para poder ser iluminados por su Palabra y comprender las mociones del Espíritu. En esta etapa, más que considerar el valor de la ascesis como crecimiento en la fe, se destaca el ejercicio de la meditación para poder asimilar y vivir la vida de Cristo y en Cristo.

La vía unitiva, por último, tiene como meta la unión con Dios. Es llamada también fase mística, en la que se pone en evidencia no tanto el esfuerzo de la persona de dirigirse hacia Dios, alejando todo lo que obstaculiza la unión

¹⁹ Cf. R. GARRIGOU LAGRANGE, *Le tre età della vita interiore preludio a quella del cielo. Trattato di teologia ascetica e mistica*, voll. 4, Vivere In, Roma 1998.

con Él, sino la acción de Dios que dona su gracia para atraer hacia sí a la persona y hacerla crecer en la unión con Él. Esta etapa permite hacer comprender la particularidad de la vida de fe cristiana, que no se limita a un ejercicio estoico de perfeccionismo, o a la meditación abstracta para buscar la paz interior, como sucede en otras religiones, porque conduce al encuentro con la persona de Dios. La Sagrada Escritura y la literatura cristiana explican este encuentro con la metáfora nupcial, en cuanto expresa bien el concepto de unión íntima que se alcanza y la meta de la comunión perfecta, sin cambio de personalidad, en el reconocimiento y en respeto de las diferencias.

Este esquema, que ve las etapas no tanto como sucesión rígida sino integrada, tiene la ventaja de iluminar las peculiaridades y las diferencias de los diversos momentos de crecimiento en la vida de fe. Hoy se tiende a superar este esquema, teniendo en cuenta las muchas variantes que intervienen en el camino cristiano de conformación a Cristo, y se propende hacia otros modelos que describen el crecimiento de la vida de fe en manera no estructural y sincrónica.

En este contexto prefiero mantener la división en las etapas indicadas antes, para hacer comprender cómo, en progresión y según la fase que se atraviese, cada momento de crecimiento en la fe necesita un particular discernimiento de espíritus.

En la etapa inicial, la purificación, llamada también vía purgativa, el discernimiento de espíritus guía hacia la conversión sincera, es decir, a la elección radical de la vida de fe. Escogiendo a Dios se debe tener la conciencia de querer renegar del pecado y de sus obras. En la definición clásica, el pecado era descrito como *conversio ad creaturam*. Escogiendo el pecado, uno se convertía a las creaturas o a las realidades pecaminosas, rechazando a Dios y viviendo contra sus preceptos. En el camino de conversión, al contrario, el creyente aprende a escoger a Dios, rechazando el mal y obrando una *conversio ad Deum*. Todo esto conlleva la lucha contra el pecado grave, los vicios capitales, la concupiscencia y sus consecuencias en nosotros, es decir, la atracción hacia el mal que todos experimentamos a causa del pecado original.

En positivo, en esta etapa se aprende a vivir según el Espíritu y, por lo tanto, aprendiendo a ejercitar las virtudes humanas y cristianas. Uno se abre a un camino de crecimiento en el conocimiento de Dios y en el ejercicio del bien con la ayuda de la gracia. Se aprende, sobre todo, a vivir en gracia de Dios, frecuentando los Sacramentos, que son el canal principal de la gracia, y aprendiendo a rezar cada día, no solo como repetición de fórmulas, sino como meditación, que habitúa a vivir en la presencia de Dios y en su amistad.

El camino de purificación, según la tradición cristiana, se divide en dos partes. La primera es la purificación activa de las potencias del alma, llamada también fase ascética. La segunda es la purificación pasiva de las potencias, llamada también fase mística. La purificación activa de las potencias del alma se obtiene con la ayuda de la gracia y el esfuerzo ascético para superar las pasiones negativas y el pecado desde su raíz y para vivir en la presencia de Dios y dejarse guiar por las motivaciones del Espíritu que habita en nosotros. Se llama, además, fase ascética porque prevalece el esfuerzo del hombre para crecer en la virtud, luchando contra el mal, desde sus raíces. Esto comporta necesariamente un camino ascético, de purificación, penitencia y liberación del mal y de sus obras.

La purificación pasiva es obra de Dios, que prueba el espíritu pero que, contemporáneamente, concede también grandes gracias al alma que ha alcanzado este nivel. Se llama fase mística porque, mientras en la fase ascética es el hombre quien se purifica con la penitencia y la mortificación de las potencias del alma, con la fase mística es Dios mismo quien prueba al alma en sus potencias pasivas, como la noche oscura de los sentidos y del espíritu, según la teología mística.

En esta fase el discernimiento de espíritus es fundamental para orientarse hacia Dios y abandonar las pasiones negativas, aprendiendo a distinguir las mociones espirituales y las tentaciones que vienen del demonio, de la carne y del mundo. San Ignacio, el grande maestro del discernimiento cristiano, se detiene largamente en esta fase en sus ejercicios espirituales, para que el creyente pueda verdaderamente convertirse a Dios purificándose interiormente, no solo del pecado, sino también de todo apego al mal.

La vía iluminativa, como ya hemos dicho, es la etapa en donde el alma, purificada del pecado y de las inclinaciones negativas, recibe la luz interior para crecer en la relación con Dios, en el amor al prójimo, en el camino cristiano de las virtudes y en el hacer el bien.

El discernimiento en esta fase ayuda a seguir la voz del Espíritu que ilumina interiormente en el camino cristiano, introduciendo a la persona en la contemplación de la vida de Cristo, de sus sentimientos, de sus elecciones, para que toda su vida esté orientada a la Palabra de Dios. El discernimiento en esta etapa se hace más atento a la escucha y al silencio, elementos necesarios para poder después elegir responsablemente según la voluntad de Dios.

La vía unitiva se caracteriza por la relación íntima, coloquial y confidencial, de amor, entre el creyente y Dios. En esta etapa la fe llega a hacerse fe viva, transformante, operosa, porque, mediante el camino de fe, se alcanza la

unión de voluntad, de mente y de corazón con Dios, llegando a ser una sola cosa en Él. Es la meta de la vida cristiana.

El discernimiento en esta fase es aún más necesario para reconocer y seguir la acción de Dios en nuestra alma para, de este modo, no obstaculizar sus operaciones y ser dóciles a su voluntad también en las pruebas terribles de la noche oscura de los sentidos y del espíritu. Mediante el discernimiento, el creyente, habiendo llegado a la unión con Dios, vive orientado por el Espíritu y no como un autómatas, sino como una persona libre en la fe que continuamente es llamada a elegir permanecer en el seguimiento de Cristo, a menudo en la aridez interior o en el abandono, como testimonian las vidas de los santos²⁰.

El discernimiento, en fin, ayuda al creyente a alargar los horizontes de la propia vida en la fe, en la esperanza y en la caridad, viviendo en Dios y con Dios al servicio del prójimo en la santidad.

3. Las pruebas en la vida de fe y el discernimiento

En el camino de fe se encuentran diversas pruebas. Describo a continuación las más frecuentes para ver cómo el discernimiento ayuda a superarlas: la duda, la aridez, la ilusión, la oscuridad, el desaliento y, sobre todo, el gnosticismo y el neo-pelagianismo.

La duda es, ciertamente, la tentación más frecuente en la vida de fe. La fe no resuelve los problemas, sino que ayuda a comprender los caminos de Dios, abriendo la razón a los horizontes de su proyecto de amor por nosotros. Zacarías es el personaje bíblico que simboliza la duda. No creyó en el anuncio del nacimiento de Juan, y quedó mudo. La duda impide acoger la novedad del anuncio divino en nuestra vida. El ejercicio del discernimiento es importante en relación con la duda para aprender a resolver las dudas a la luz de la fe, confrontándose con la Revelación y aprendiendo a no temer los problemas, sino más bien, a saber resolverlos.

La aridez es una prueba que muchas veces toca a los santos en la fase de la noche oscura, como ya he dicho. Santa Teresa de Calcuta fue probada por ella durante cincuenta años. La aridez comporta no sentir ya ningún arrebatos o consolación en la oración hasta el punto de poner en duda la existencia misma de Dios. En esta prueba la fe se purifica de toda búsqueda de gratificación egoísta y se vuelve libre de amar solo a Dios por ser Él mismo²¹.

²⁰ Cf. M.R. JURADO, *Il discernimento spirituale...*, 282-284.

²¹ Cf. M. RUPNIK, *Il discernimento...*, 99.

La ilusión es una tentación que desvía de la directa comprensión de las cosas, haciendo que permanezcamos atrapados en falsas quimeras, o creándonlas con la fantasía. Así encallamos en elecciones idealistas que no tienen relación con la realidad. El ejercicio del discernimiento es necesario, en esta prueba, para devolver a la persona a una dimensión más realista del propio ser y de la propia existencia, aprendiendo a interpretar las cosas sin énfasis y con criterios objetivos de juicio²².

La oscuridad: a veces Dios nos pide cosas oscuras, o difíciles. También María experimentó la oscuridad de la fe, pero siguió creyendo. El discernimiento ayuda, en esta prueba, a comprender cómo, después de la muerte, más allá del dolor, de la injusticia, está la mano de Dios que sabe transformar todo en amor.

El desaliento es una prueba que puede llegar a ser terrible si llegamos a creer ser incapaces de salvarnos, o que todo es vano o inútil para nuestra vida espiritual, impidiéndonos proseguir el camino. Pensemos en el profeta Elías, desalentado, que cae a tierra desmoralizado y no quiere seguir viviendo. El Señor viene en su ayuda dándole un pan que el devuelve el vigor para alzarse y reemprender el camino. Así el discernimiento ayuda, en esta prueba, a encontrar las motivaciones para el crecimiento en la fe y para un camino que esté fundado en la promesas de Dios que nunca nos abandonan.

El gnosticismo es visto como «una doctrina sin misterio»²³, que se basa solamente en la inteligencia. El Papa Francisco, en *Gaudete et exsultate*, explica que «el gnosticismo supone una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos»²⁴. Cuando uno se cierra al verdadero discernimiento queda anclado en las propias ideas y no crece en la vida de fe porque no se deja espacio a la acción del Espíritu.

El neo-pelagianismo es la pretensión de salvarse solo con la fuerza de la voluntad, sin la ayuda de la gracia, por ello quien es víctima de este error reduce el discernimiento a una búsqueda humana que rechaza la necesidad de la gracia. El Papa Francisco afirma que:

En el fondo, la falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya

²² Cf. M. RUPNIK, *Il discernimento...*, 158.

²³ GE 40.

²⁴ GE 36.

que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento. La gracia, precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe. Pretenderlo sería confiar demasiado en nosotros mismos. En este caso, detrás de la ortodoxia, nuestras actitudes pueden no corresponder a lo que afirmamos sobre la necesidad de la gracia, y en los hechos terminamos confiando poco en ella. Porque si no advertimos nuestra realidad concreta y limitada, tampoco podremos ver los pasos reales y posibles que el Señor nos pide en cada momento, después de habernos capacitado y cautivado con su don. La gracia actúa históricamente y, de ordinario, nos toma y transforma de una forma progresiva. Por ello, si rechazamos esta manera histórica y progresiva, de hecho podemos llegar a negarla y bloquearla, aunque la exaltemos con nuestras palabras²⁵.

4. La fe en las fases del discernimiento: reconocer, interpretar, elegir

En el documento preparatorio del Sínodo dedicado a los jóvenes se indican tres fases del ejercicio del discernimiento en la línea de la enseñanza del Papa Francisco en *Evangelii gaudium* en el n. 51: reconocer, interpretar, elegir²⁶. Veamos cómo estas fases implican la fe y en qué modo el discernimiento ayuda a crecer en la vida de fe mediante el análisis del reconocer, interpretar, elegir.

El primer momento, definido por el reconocimiento, tiene que ver, sobre todo, con los efectos que los acontecimientos, las personas y las palabras producen en la vida del creyente. El Papa Francisco, justamente, habla de una variedad de «deseos, sentimientos, emociones» (*Amoris laetitia* 143) de signo muy diverso: tristeza, oscuridad, plenitud, miedo, gozo, paz, sentido de vacío, ternura, rabia, esperanza, tibieza, etc.

El discernimiento utiliza la fe en la fase del reconocer como ayuda para saberse mover en el laberinto de las pulsiones que empujan hacia una pluralidad de direcciones. La fe orienta a reconocer, a la luz de la Palabra de Dios, el camino justo a seguir, enseñando el arte de la lucha interior²⁷.

Por la fe se aprende a reconocer las pasiones sin juzgarlas, cogiendo el «gusto» que dejan, es decir la consonancia o disonancia entre lo que se experimenta y lo que hay de más profundo en cada uno de nosotros. Solo la fe, en efecto, permite ponerse a la escucha de la Palabra de Dios con la apertura

²⁵ GE 50.

²⁶ Cf. SÍNODO DE LOS OBISPOS, XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, Documento preparatorio *Los jóvenes, la fe...*, n. 2.

²⁷ Cf. P. SCHIAVONE, *Discernere la volontà di Dio. Finalità e dinamiche*, Paoline, Milano 2018, 117-120.

del corazón hacia sus contenidos y los ejemplos que nos pueden guiar en el camino del discernimiento.

La fe ayuda a reconocer los signos de los tiempos que el Espíritu comunica, aunque a veces en manera imperceptible, entrando en relación con Dios. Se trata de un pasaje fundamental en el camino de maduración personal, en particular para los jóvenes que experimentan con mayor intensidad la fuerza de los deseos y pueden también permanecer asustados, renunciando quizás a los grandes pasos a los que también se sienten empujados.

El *Instrumentum laboris* para el Sínodo sobre los jóvenes escribe que:

Por lo tanto, un proceso de discernimiento vocacional requiere prestar atención a cuanto emerge en las diferentes experiencias (familia, estudio, trabajo, amistades y relación de pareja, voluntariado y otros compromisos, etc.) que la persona vive, hoy cada vez más a lo largo de itinerarios no lineales y progresivos, con los éxitos y fracasos que inevitablemente se registran: ¿dónde un joven se siente en casa? ¿dónde prueba un “gusto” más intenso? Pero esto no es suficiente, porque las experiencias son ambiguas y se pueden dar diferentes interpretaciones: ¿cuál es el origen de este deseo? ¿Está realmente empujando hacia la “alegría del amor”? Sobre la base de este trabajo de interpretación, es posible hacer una elección que no es solo el resultado de los impulsos o de las presiones sociales, sino un ejercicio de libertad y de responsabilidad²⁸.

El documento precisa, además, que si es verdad que, en cuanto acto de la libertad humana, el discernimiento se encuentra expuesto al riesgo del error, sin embargo, mediante la escucha de la Palabra de Dios, de las enseñanzas de la Iglesia, y del acompañamiento espiritual, es posible formar la propia conciencia en el estilo de vida de Jesús, para conocerlo íntimamente y llegar a «tener su corazón»²⁹.

Fundamental en esta dirección, es también el ejercicio que la tradición llama «examen de conciencia» y que apunta precisamente a hacer a la persona atenta a los signos de la presencia de Dios y capaz de reconocer su voz en lo concreto de la vida cotidiana. Por esto el Papa Francisco vuelve a proponerle hoy a todos los cristianos, y con mayor razón a los jóvenes que buscan su propio camino: «pido a todos los cristianos que no dejen de hacer cada día, en diálogo con el Señor que nos ama, un sincero examen de conciencia» (GE 169).

²⁸ SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, Instrumentum laboris*, 113.

²⁹ Cf. SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, Instrumentum laboris*, 114-115.

La segunda etapa del discernimiento es interpretar. No basta con reconocer lo que se ha probado: es necesario «interpretarlo», o, en otras palabras, comprender qué es a lo que el Espíritu está llamando a través de lo que suscita en cada uno. Muchas veces se detiene uno a contar una experiencia, destacando que «me ha impresionado mucho». Resulta más difícil coger el origen y el sentido de los deseos y de las emociones probadas y valorar si nos están orientando en una dirección constructiva o, en cambio, nos están llevando a replegarnos sobre nosotros mismos.

Esta fase de interpretación es muy delicada. Requiere paciencia, vigilancia y también un cierto aprendizaje. Es necesario ser capaces de darse cuenta de los efectos de los condicionamientos sociales y psicológicos. Requiere poner en el campo también las propias facultades intelectuales, sin caer, sin embargo, en el riesgo de construir teorías abstractas sobre lo que sería bueno o bello hacer, evitando elecciones idealistas, para concentrarse en las elecciones más realistas.

Para interpretar los deseos y los movimientos interiores es necesario confrontarse honestamente, a la luz de la Palabra de Dios, también con las exigencias morales de la vida cristiana, evitando contentarse con el mínimo indispensable, para buscar, en cambio, el modo de valorar de un mejor modo los propios dones y las propias posibilidades.

En la óptica de la fe este trabajo de interpretación se lleva a cabo en un diálogo interior con el Señor. La luz de la fe abre, en esta fase, resquicios a veces inimaginables y horizontes que antes no se conocían. Recordemos, por ejemplo, la llamada de Pedro, cerrado en el horizonte de su lago, de los peces, de las redes. El encuentro con Jesús le abre horizontes inesperados: Jesús, en efecto, lo invita a remar mar adentro, también metafóricamente, diciéndole: «Desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5,10). Y Pedro llegará a Roma y evangelizará con la fuerza de la fe al mundo entero³⁰.

El tercer momento del discernimiento se define como la acción de elegir. Una vez reconocido e interpretado el mundo de los deseos y de las pasiones, la elección se convierte en ejercicio de auténtica libertad humana y de responsabilidad personal, siempre, obviamente, situadas y, por lo tanto, limitadas. La elección se aparta, por ello, de la fuerza ciega de los impulsos, a los que un cierto relativismo contemporáneo termina por asignar un papel de criterio último, encarcelando a la persona en la volubilidad. Al mismo tiempo, se libera del sometimiento a las instancias externas de la persona y, por lo tanto, heterónomas, requiriendo además una coherencia de vida.

³⁰ Cf. A. LOUF, *Generati dallo Spirito...*, 34.

La decisión, por último, requiere ponerse a la prueba de los hechos en vista de su confirmación. La elección no puede quedar encarcelada en una interioridad que corre el riesgo de permanecer virtual o veleidosa – se trata de un peligro acentuado de la cultura contemporánea –, sino que está llamada a traducirse en acción, a tomar cuerpo, a dar inicio a un recorrido, aceptando el riesgo de confrontarse con esa realidad que había puesto en movimiento deseos y emociones. Otros nacerán en esta fase: reconocerlos e interpretarlos permitirá confirmar la bondad de la decisión tomada o aconsejará revisarla. Por esto es importante «salir», también del miedo a equivocarse que, como hemos visto, puede volverse paralizante³¹.

5. María modelo de fe y de discernimiento

Quiero concluir esta reflexión sobre la fe y el discernimiento presentando el modelo por excelencia de ambos que es citado al final del documento de los obispos en preparación al Sínodo dedicado a los jóvenes. Se trata de la Virgen María, que es presentada como modelo de discernimiento porque ha sido, sobre todo, una mujer dócil a la Palabra de Dios, una joven que se dejó plasmar por la Palabra de Dios pronunciando con generosidad y entusiasmo su *Heme aquí* ante la llamada del Señor.

Encomendemos a María este camino en el que la Iglesia se interroga sobre cómo acompañar a los jóvenes a acoger la llamada a la alegría del amor y a la vida en plenitud. Ella, joven mujer de Nazaret, que en cada etapa de su existencia acoge la Palabra y la conserva, meditándola en su corazón (cf. Lc 2,19), fue la primera en recorrer este camino. Cada joven puede descubrir en la vida de María el estilo de la escucha, la valentía de la fe, la profundidad del discernimiento y la dedicación al servicio (cf. Lc 1,39-45)³².

Por su experiencia de fe María es, por lo tanto, un testigo singular del camino de acogida y de respuesta a la vocación, entendida en todos los sentidos, porque, por su correspondencia al proyecto divino, su vida se abrió al gozo del amor y a la vida en plenitud, cuando, en el anuncio del ángel Gabriel, obtuvo que el Verbo se encarnase en su seno convirtiéndose en Madre de Dios. Desde entonces María vive en total disponibilidad al Señor, como su Madre, aunque también como su discípula y compañera, consagrando toda su existencia a su servicio³³.

³¹ Cf. M. RUPNIK, *Il discernimento...*, 181-187.

³² SÍNODO DE LOS OBISPOS, XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, Documento preparatorio *Los jóvenes, la fe...*, n. 5.

³³ Cf. I. DE LA POTTERIE, *Maria nel mistero dell'alleanza*, Marietti, Genova-Milano 2007, 32-34.

En su «pequeñez», la Virgen prometida con José, experimenta, sin embargo, la debilidad y la fatiga de comprender la misteriosa voluntad de Dios (cf. Lc 1,34). También Ella está llamada a vivir el éxodo de sí misma y de sus proyectos, aprendiendo a encomendarse y confiar. Haciendo memoria de las «grandes cosas» que el Omnipotente había realizado en Ella (cf. Lc 1,49), la Virgen no se siente sola, sino plenamente amada y sostenida por el “no temas” del ángel (cf. Lc 1,30). Con la conciencia de que Dios está con Ella, María abre su corazón al “heme aquí” e inaugura así el camino del Evangelio (cf. Lc 1,38).

Mujer de la intercesión (cf. Jn 2,3), ante la cruz del Hijo, unida al «discípulo amado», acoge nuevamente la llamada a ser fecunda y a generar vida en la historia de los hombres. En la fortaleza de su fe, cada joven puede redescubrir la importancia del discernimiento y la valentía del testimonio y de la misión.

El documento del Sínodo de los obispos dedicado a los jóvenes muestra muy bien el fundamento bíblico de la fe de María. En los Evangelios, en efecto, se la describe, a menudo, como la orante, la mujer de la escucha, que custodia en su corazón cada palabra del Hijo y que es ensalzada también por Él por su capacidad de escucha y de fe hacia la Palabra de Dios. Y surge con claridad que su docilidad al Espíritu deriva de su relación íntima con Dios, es decir, de su vida de oración, entendida como diálogo amoroso y transformante con el Señor, de donde fluye la gracia y la fuerza para todo discernimiento espiritual y todo crecimiento interior.

María aparece en el Evangelio como creyente de la Palabra, dócil intérprete de los designios de Dios, fecundada por la acción sabia del Espíritu. Palabra y Espíritu van juntos; están al servicio del designio del Padre. Pero así como la Palabra tiene necesidad de ser vivida y encarnada, así también el Espíritu tiene necesidad de colaboradores, de profetas y de intérpretes. María es la cítara del Espíritu cuando en una oración profética, la del Magnificat, canta las maravillas de Dios y lee a la luz del Espíritu los acontecimientos de la historia. En efecto, el Espíritu trabaja en la Iglesia para que la palabra sea escuchada, vivida, proclamada y produzca frutos de salvación. También la experiencia de María posee el dinamismo del Espíritu. Ella actúa en un constante progreso de fidelidad al misterio que la envuelve. Su vida es auténticamente carismática, guiada por el Espíritu que la vivifica y la ilumina. Podemos decir que del mismo modo que el Verbo pidió el don de la carne de María para penetrar en la historia, el Espíritu pide también la «sinergia» de María para impregnar la historia de su Pueblo. Aquí se revela otra suges-

tiva ejemplaridad de María para la Iglesia, en la fidelidad al Espíritu y a la Palabra³⁴.

Mirando el ejemplo de la joven de Nazaret, podemos aprender el arte del discernimiento partiendo de la fe, que suscita la pregunta de Dios y nos provoca hacia una respuesta generosa y entusiasta como su *Fiat*. Por su capacidad de reconocer los signos del Espíritu de Dios, la Virgen María es maestra de discernimiento con la premura y la ternura de una mamá, aunque también con la sabiduría y la prudencia de una guía segura que, en una dinámica pedagógica y relacional, muestra el camino vocacional de todo creyente³⁵.

³⁴ J. CASTELLANO CERVERA, *La figura bíblica di Maria per la Chiesa d'oggi*, in E. TONIOLO (ED.), *Come leggere nella Bibbia il mistero di Maria*, Centro di Cultura Mariana, Roma 1989, 192 (traducción nuestra)

³⁵ Cf. S. DE FIORES, *Maria Madre di Gesù*. Sintesi storico-salvifica, EDB, Bologna 1992, 52.